

Parada y fonda en el Camino de Santiago: Un importante enclave de la ruta jacobea en el pirineo aragonés. El peso de la tradición medieval en la Edad Moderna.

JUAN GARCÍA, *Natalia*
Universidad de Zaragoza

[Recibido octubre 2010; aceptado enero 2011]

Resumen.

Las montañas del pirineo aragonés fueron paso obligado para muchos peregrinos que acudían a Santiago quienes contaban con una sólida red de hospederías y alberges donde poder alojarse. Uno de los más importantes fue el San Juan de la Peña formado por dos conjuntos monásticos benedictinos, uno medieval y otro barroco. Este enclave se convirtió en una importante parada en la ruta jacobea a pesar de no encontrarse justo en el borde del Camino de Santiago y que incluso para llegar hasta él hubiera que desviarse diez kilómetros en pronunciada subida. Durante siglos, los monjes pinatenses además de cumplir el *ora et labora* benedictino, se preocuparon de practicar uno de los preceptos marcados por San Benito, atendiendo a los peregrinos y visitantes que acudían hasta las puertas del monasterio cansados por la fatiga del camino pero, al mismo tiempo, fascinados por poder ver las sagradas reliquias que se conservaban entre sus muros. Para desarrollar esta labor de acogida a los peregrinos, la comunidad pinatense contó con una serie de dependencias propias como la limosnería -para atención de los más pobres- o la hospedería -para acoger a los necesitados- al frente de las cuales se dispuso a monjes que cumplían devotamente las obligaciones de su cargo.

Palabras clave: Pirineo; camino; peregrino; monasterio; hospedería

Abstract.

The Aragonese Pyrenees mountains were a must for many pilgrims who came to Santiago and who had a strong network of hospices and shelters where they could stay. One of the most important was the San Juan de la Peña, formed by two Benedictine monastic ensembles, one medieval and one baroque. This place became an important stop on the pilgrimage route in spite of not being right on the edge of the Santiago Way and that even to reach it was necessary to detour six miles of a steep climb. For centuries, the pinatense monks, in addition of practising the Benedictine *ora et labora*, were careful to follow one of the criteria

established by St. Benedict, serving the pilgrims and visitors who came to the gates of the monastery exhausted by fatigue of the road but, at same time, fascinated to see the sacred relics which preserved within its walls. To conduct this work of welcoming pilgrims, the pinatense community had a number of dependencies as an almonry -to care for the poor, or the hospice-to accommodate the needy- in charge of which there were disposed monks who devotedly attended to the duties of the position.

Key words: Pyrenees; way; pilgrim; monastery; hostel

1. Introducción

El pirineo aragonés fue paso obligado para muchos caminantes que acudían a Santiago desde Francia, tal y como recogieron Vázquez de Parga, Lacarra y Uría en 1948, en lo que se considera la obra pionera de los estudios del Camino de Santiago en Aragón. Desde entonces, la historiografía se ha ocupado de avanzar en este sentido, hasta el punto que, hoy por hoy, resulta complicado elaborar un Estado de la Cuestión¹ sobre el camino en su tramo aragonés. Éste se vio jalonado por toda una serie de mitos, leyendas, advocaciones, rutas, corrientes artísticas, arquitecturas, puentes, monasterios, hospederías y hospitales. Debido a la amplitud del tema, nuestra aportación pretende profundizar en las peregrinaciones a Santiago de Compostela desde el punto de vista de fenómeno cultural que tuvo como consecuencia el desarrollo de la hospitalidad y la acogida a los peregrinos.

Afortunadamente, los peregrinos que hacían el camino de Santiago contaban, a su paso por Aragón, con una sólida red de hospederías y albergues donde poder alojarse. De hecho, una de las actividades que más se desarrolló desde los inicios de la ruta jacobea fue la construcción de una tupida red de hospitales y hospederías que daban posada al peregrino y lo atendían en sus necesidades.

Esta costumbre se generalizó en la sociedad medieval. Sin embargo, en la Edad Moderna, cuando la tradición del camino empezó a decaer, esta práctica se fue diluyendo lentamente, pues el fenómeno de la peregrinación no permaneció con la misma intensidad con el paso de los siglos. No obstante, la premisa de hospitalidad se mantuvo en lugares como los monasterios, que habían construido una serie de dependencias para dar cobijo a los caminantes.

Uno de los conjuntos monásticos más importantes de Aragón fue el de San Juan de la Peña, cuya relación con el camino y sus peregrinos es

¹ Para conocer la bibliografía existente sobre el Camino de Santiago en Aragón contamos con el artículo "Estado de la cuestión: fuentes y bibliografía" recogido en Iranzo Muño, María Teresa [et al.], 2005. pp. 14-17.

constante en la documentación no sólo medieval sino también moderna. Este trabajo pretende estudiar la huella cultural que este monasterio benedictino desarrolló en el Camino de Santiago a partir de su entregada labor hospitalaria.

2. Aragón, puerta del camino

El Camino de Santiago a su paso por Aragón tenía, como se ha dicho tantas veces, tantos caminos como caminantes. Si bien es cierto el camino aragonés considerado como oficial –lo que no quiere decir que fuera el más antiguo, pues éste era el del Puerto de Palo que bajaba por el valle de Echo²- venía de Francia por el puerto de Somport. El paso por la frontera francesa del Summo Portu romano tenía menor altitud (1640 metros) que los altos montes de Echo (que alcanzan los 1942 metros). Además, el descenso del Somport permitía atravesar la zona central de los Pirineos con muchas menos adversidades, pues era menos agreste, menos rocoso y por lo tanto más factible su tránsito. Este paso estaba abierto prácticamente durante casi todo el año, hasta en época de nieve, lo que hizo que este corredor pirenaico se convirtiera en una buena entrada a la península desde el valle de Aspe francés. La ruta del Somport bajaba por el hospital de Santa Cristina, Canfranc, Villanúa y Castiello de Jaca para llegar a Jaca por el puente de San Cristóbal. Una vez en Jaca partían dos senderos.

Uno que cruzaba el puente de San Miguel y continuaba hacia Banaguás y Abay, siguiendo por Ascara hasta Santa Cilia de Jaca. Desde allí se proseguía por la pardina de Somanes y por la de Javierregaray para llegar a Puente la Reina de Jaca.

El otro sendero que salía de Jaca transcurría por la ribera izquierda del río Aragón con lo que no era necesario cruzar el puente de San Miguel. Entre Jaca y Santa Cilia, y siguiendo siempre el curso del río que hacía de guía caminante, continuaba el camino. Algunos peregrinos, antes de llegar a Santa Cilia, decidían desviarse por Santa Cruz de la Serós para ver una de las joyas que les habían comentado otros caminantes: el monasterio de San Juan de la Peña. En el hospital de este conjunto monástico se recuperaban de la fatiga y una vez recobradas las energías reanudaban el recorrido. Bajaban de nuevo a Santa Cruz de la Serós y desde allí continuaban hasta Puente la Reina, donde otra vez se bifurcaba la ruta. Se podía ir por Berdún, Asso-Veral, Miramont, Sigués y Escó hasta salir de tierras aragonesas, o bien por Arres, Martes, Mianos, Artieda, Ruesta hasta llegar a Tiermas y

² Los primeros peregrinos que se sitúan cronológicamente antes del año 1000, no entraban en España por Somport sino a través del puerto del Palo, ramal un tanto complicado que, de hecho, en sus primeros momentos se pensó para el tránsito del ganado, arrieros y mulateros. Este paso comunicaba el Bearn francés con Zaragoza por medio de una calzada romana que bajaba por el valle de Echo hasta Puente la Reina de Jaca por el río Aragón.

cruzar a Navarra para despedirse en los dos casos del tramo jacobeo en Aragón.

3. Domum hospitalitatis: la hospitalidad y el hospital en el camino de Santiago

La hospitalidad en el Camino de Santiago se manifestó de dos maneras diferentes entre sí, pero, al mismo tiempo, complementarias. Por un lado, la que ofrecían los particulares en sus casas y, por otro, la acogida oficial que daban albergues, hospederías y monasterios. El alojamiento de personas anónimas y caritativas resulta difícil de estudiar puesto que apenas se conservan referencias de este tipo en diarios de peregrinos ni tampoco en los libros de viajes que tanto abundan en la Edad Moderna. Sin embargo, sobre la hospitalidad brindada por las comunidades religiosas contamos con abundante bibliografía y documentación original, ya que los libros de contabilidad de los monasterios siempre recogían este tipo de partidas y gastos, tal y como luego veremos.

La hospitalidad de los monasterios situados a lo largo del recorrido del Camino de Santiago se desarrollaba a partir de una importante infraestructura sanitaria. Los conjuntos monásticos contaban con unas dependencias específicas donde podían alojar a los enfermos que llegaban de fuera que denominaron hospitales y otra estancia para atender a los monjes de la propia comunidad que se llamó enfermería, aunque los límites entre una y otras muchas veces no resultan tan claros en la documentación. Los hospitales de los monasterios fueron fundamentales como elemento revitalizador de la zona en la que se encontraba, pues muchas veces a ellos acudían no sólo peregrinos sino también los enfermos más pobres y necesitados de los pueblos circundantes.

La mayoría de hospitales del Camino de Santiago dependían o pertenecían a monasterios, como los de Leire o Irache en Navarra; los de Nájera, San Millán de la Cogolla, Santo Domingo de la Calzada o Valvanera en La Rioja; el de Oña y el de San Pedro de Cardena en Burgos; el de San Zoilo en Carrión de los Condes en Palencia o el de Sahagún en León. No es casualidad que buena parte de estos cenobios fueran benedictinos, sino todo lo contrario. La orden de San Benito fue la más observante en cuanto al voto de hospitalidad monástica (Uría, 1948). La casa madre Cluny se había caracterizado por este aspecto, así que los monasterios benedictinos que acogieron la reforma cluniacense, que fueron la mayoría de Occidente, cumplieron también este precepto. De hecho, hay autores que creen que fueron las propias órdenes religiosas las que, mediante la fundación de hospitales o alberguerías para la asistencia de pobres y peregrinos, determinaron los caminos de peregrinación.

A lo largo del camino, y especialmente en la Edad Media, se multiplicaron el número de los hospitales y albergues donde se atendía a quienes así lo necesitaban, creando una auténtica red de hospederías en las que se asistía a todo aquel que llamaba a la puerta (Dubour-Noves, 2001). El desgaste y el esfuerzo físico evidentes que suponía la peregrinación eran atendidos en los hospitales donde se sanaba el cuerpo, pues la curación del alma (como todo peregrino sabe) llegaba al final del camino. Debemos aclarar que cuando hablamos de albergues o alberguerías nos referimos a establecimientos dedicados a caminantes y romeros, mientras que los hospitales eran para enfermos y peregrinos que, por supuesto, no tenían nada que ver con las fondas cuyo servicio estaba destinado al resto de viajeros quienes podían no estar recorriendo el Camino de Santiago sino que eran comerciantes y viajeros.

En Aragón el hospital de peregrinos más importante relacionado con el Camino de Santiago fue, sin duda alguna, el del monasterio de Santa Cristina del Somport verdadero hito universal. Estaba considerado como "cabeza rectora de un entramado de dependencias que, en cierto modo, guiaban a los caminantes" (Iranzo, 2005. p. 99). La actividad del hospital de Santa Cristina del Somport se mantuvo hasta el siglo XVI y su antigua fábrica hasta 1808. El de Somport llegó a ser uno de los tres hospitales más importantes del mundo, según el Codex Calixtinus, junto con el de Jerusalén y el de Mont-Joux, por lo que su fama se extendía por toda la tierra. Cuando los peregrinos alcanzaban el Hospital de Santa Cristina, se les daba acogida gratuita por un tiempo máximo de tres días. Allí, cansados y hambrientos, podían coger fuerzas para el largo viaje que les esperaba hasta Santiago y comer la abundante pitanza que se les ofrecía tres veces al día.

Desafortunadamente, la importante retícula de locales de asistencia del camino de Santiago aragonés ha desaparecido, pues tan apenas quedan restos de los hospitales que se levantaron de forma paralela al camino. Muchos de éstos formaban parte o dependían de monasterios que proporcionaban el sustento económico necesario para poder construir las infraestructuras dignas para acoger a los más débiles.

Según algunos estudiosos, partiendo del monasterio de Santa Cristina del Somport, el siguiente hospital se encontraba en Canfranc, y el inmediato más próximo estaba en Jaca que tenía además limosna municipal (Iranzo, 2005. p. 100). Desde Jaca, siguiendo la ruta que marcaba el propio río, los peregrinos podían llegar hasta el hospital de San Juan de la Peña, donde además de ser atendidos encontraban otras maravillas cuya fama era vox populi entre las gentes del camino.

“La hospitalidad nunca ha padecido menguas en esta Real Casa” (La Ripa, 1675)

El monasterio de San Juan de la Peña se convirtió en una importante parada en la ruta jacobea a pesar de no encontrarse justo en el borde del camino y que incluso para llegar hasta él hubiera que desviarse diez kilómetros en pronunciada subida. San Juan de la Peña era un singular enclave paisajístico formado por dos conjuntos monásticos benedictinos, uno medieval³ cuyos orígenes se remontan al siglo VIII y otro barroco⁴ construido para sustituir al cenobio primigenio que había sufrido un grave incendio en 1675. El desarrollo de ambos fue favorecido por reyes, primero aragoneses y más tarde, por los últimos austrias y los borbones, quienes hicieron que a lo largo de su historia destacase por ser un importante centro cultural, artístico, espiritual, religioso e incluso político.

En época medieval este monasterio asumió un papel protagonista en el reino de Aragón, siendo el centro difusor de las nuevas reformas eclesiásticas promovidas por los reyes aragoneses y patrocinadas desde Roma. Las relaciones con la Corona y el Papado no sólo se mantuvieron durante los siglos XVII y XVIII, sino que se afianzaron especialmente en estas centurias. La vinculación de San Juan de la Peña con el Camino de Santiago se mantuvo durante siglos y esto se debió a tres razones fundamentales.

Primero su proximidad al camino, pues si bien no estaba justo en el recorrido jacobeo, la fama de sus reliquias y el hecho de contar con un equipado hospital era suficiente reclamo para que al peregrino le mereciera la pena subir hasta ese monte. Si una de las metas de la peregrinación era contemplar los restos del santo en la Catedral de Compostela, un importante aliciente al objetivo final era poder ver las reliquias que se conservaban en iglesias y monasterios durante las diferentes etapas del camino, y en este sentido, el de San Juan de la Peña fue único.

De hecho, la segunda razón que nos permite vincular el cenobio pinatense con el camino de Santiago fueron sus importantes reliquias que atraían a peregrinos y curiosos. Las reliquias que habían en el monasterio de San Juan de la Peña en época medieval eran “cuerpos de siete santos, huesos o diversos restos de otros santos, tales como el cuello de Santa Agueda o un diente de San Nicolás, y curiosísimos objetos tales como una piedra donde nació Jesucristo, otra del Santo Sepulcro, un pedacito de un vestido de la Virgen e incluso unas botellitas conteniendo leche también de la Virgen” (Lapeña, 1989, p. 103).

³ El monasterio medieval de San Juan de la Peña ha sido estudiado por la Dra. Ana Isabel Lapeña Paúl, quien defendió su tesis doctoral en 1987.

⁴ El monasterio barroco de San Juan de la Peña ha sido estudiado por la Dra. Natalia Juan García, quien defendió su tesis doctoral en 2009.

En la Edad Moderna, las reliquias que conservaba el monasterio barroco de San Juan de la Peña eran “una canilla de San Iñigo en relicario de plata; un hueso recio de quatro dedos de longitud de San Benito en relicario de plata: en otro relicario también de plata una muela de San Benito; en otro un lignum crucis largo una pulgada” (Ramón de Huesca, 1802, p. 155). Además, unos inventarios que se realizaron en 1820 indican que el monasterio nuevo de San Juan de la Peña tenía un “crucifijo de plata en que se halla el cuerpo de San Indalecio y en otro armario dispuesto inmediatamente en la misma mano, cinco reliquias de plata y las dos de ellas sobredoradas, de diferentes santos, en otra a la izquierda otra arca de plata en que se guardan los Santos Voto y Félix; y en el armario inmediato a la misma mano, quatro reliquias de plata de varios santos”⁵. La posesión, colecta y acumulación de reliquias multiplicaba el prestigio de la institución que las poseía, al tiempo que atraían a multitud de peregrinos y con ellos las donaciones, con lo que se comprenderá la importancia que estas piezas tenían para San Juan de la Peña.

La tercera razón que nos permite relacionar el monasterio pinatense con la ruta jacobea es la existencia de un hospital en el propio cenobio. Los hospitales eran parte del camino y concedían al caminante el apoyo que necesitaban. Los monjes de San Juan de la Peña, además de cumplir el ora et labora, se preocuparon de atender a los peregrinos y visitantes que acudían hasta las puertas del monasterio pues era una de las recomendaciones señaladas por San Benito en su Regla que debían obedecer. Los monjes de esta comunidad sabían de los beneficios que reportaba el cuidado de los más débiles, beneficios no sólo para el espíritu sino también para las propias rentas de la comunidad que, sin duda algún, se vieron favorecidas por los devotos peregrinos. Desde el punto de vista de la caridad cristiana era importante la actitud de entrega y ayuda al peregrino aunque hasta las puertas del monasterio no sólo acudían peregrinos sino también todo un colectivo de personas con pocos recursos quienes a veces se incluían en la red del camino en busca de algo de alimento, pues el bastón y la concha fueron en ocasiones un buen disfraz para los más pícaros. Aunque se escapa de los límites establecidos para este estudio, la documentación señala que muchos desamparados peregrinaban de hospital en hospital en busca de cura para sus desgracias.

Para desarrollar esta labor de acogida a los peregrinos la comunidad pinatense contó con una serie de dependencias propias como la limosnería - para atención de los más pobres-, la hospedería -para acoger a los necesitados- y el hospital para los más enfermos. Al frente de estas

⁵ Archivo Histórico Nacional de Madrid (A.H.N.M.), Sección Clero, Legajo nº 2425, Documento fechado el 9 de noviembre de 1820.

dependencias⁶ se dispuso a monjes que cumplían devotamente las obligaciones de su puesto.

4. “En el punto de la hospitalidad ha sido esta comunidad muy singular y constante” (La Ripa, 1675)

Uno de los cargos fundamentales en el monasterio pinatense fue el de limosnero, pues ya en el capítulo LIII de la Regla de San Benito se señala la importancia que tenía esta actividad en el seno de la comunidad religiosa. El concepto de hospitalidad en los monasterios y la manera en la que se tiene que recibir a los huéspedes dentro de los muros del monasterio, según el fundador de la orden, debía hacerse de este modo; “A todos los huéspedes que vengan se les recibirá como a Cristo en persona, de manera que él mismo tenga que decir: ‘Fui caminante y me recibisteis’; y a cada uno se le harán los honores debidos, sobre todo a los hermanos en la fe y a los peregrinos” (Linage, 1994).

Esta recomendación no solo se indicaba convenientemente en la Regla de San Benito sino que también se reiteraba en las visitas que hacían los monjes visitantes en los monasterios para comprobar que ciertamente se seguía la Regla de San Benito y los preceptos que en ella estaban fijados. Tenemos constancia de que en una de estas visitas los comisionados dejaron por escrito que “el limosnero del dicho monasterio [San Juan de la Peña] tenga mucha vigilancia y cuydado en recibir los pobres y proveellos, assi de camas como de todas las otras cosas necesarias y debidas a los pobres peregrinos”⁷.

La función principal del limosnero pinatense era encargarse de los peregrinos así como suministrar alimento y servicio competente durante tres días a todo el que llegase hasta las puertas del monasterio para favorecer su descanso. El limosnero era quien debía repartir el alimento como una forma de socorrer a los más necesitados, pues otra de sus labores era intentar solucionar, o por lo menos paliar, la situación mísera en la que se hallaban los que acudían a las puertas del monasterio. Por ello el monje que desempeñaba este cargo debía tener unas cualidades específicas, como fue el caso de Francisco Benito de Ara, monje profeso de San Juan de la Peña en quien concurrían las capacidades de “abil, idóneo, suficiente y condecorado”⁸ para ser nombrado limosnero, pues las obligaciones que tenía que cumplir así lo requerían. Entre éstas se

⁶ Todas estas dependencias estaban situada en el lado norte del monasterio tal y como informa un interesante documento que señala “que en el Claustro septentrional comenzando por el Oriente se hallan delineados la enfermería con ventanaje al sol de mediodía por la primera plaza, y sucesivamente Oficina de Botica con habitaciones para Médico, Boticario y Cirujano” A.H.N.M., Sección Clero, legajo 2247 documento 1168, 6 de septiembre de 1737, fol. 8v.

⁷ Archivo General de Simancas (A.G.S.), Legajo 23, doc. 3. 1547. Statutos y ordinaciones del monasterio de San Juan de la Peña hecho por el Nuncio.

⁸ Archivo Histórico Provincial de Huesca (A.H.P.H.), Hacienda, H.15981/18.

encontraba “el conservar y reparar la casa del hospital llamada la limosna”⁹ y ocuparse del mantenimiento de la fábrica del hospital para que estuviera “segura, firme y habitable, y si cayese reedificarla y hacerla de nuevo”.

En su interior, el limosnero debía procurar “tener en ellas quatro camas honestas” y convenientemente preparadas pues debían estar siempre “bien adornadas con mantas, sábanas, almohadas” para los peregrinos. Además, debía tener lo demás necesario al servicio de pobres y peregrinos en “baxilla, tazas, manteles, y otros vasos para agua y vino” así como “baxilla de servicio de cocina, ollas, mesas, toahallas, cacharros, bancos y alguna arca para conservar cosas de lino que tuvieren de los pobres” a quienes debía “proveer de leña, y azeite para alumbrase” y calentarse del frío pirenaico.

Debido a las múltiples actividades que debía hacer el limosnero, contar con la ayuda de “una persona deputada para esos ministerios” era una cuestión fundamental. El ayudante del limosnero que aparece citado en la documentación pinatense de la Edad Moderna como donado tenía un cometido concreto: atender a “los pobres peregrinos bien y honradamente con toda pulicia y limpieza, llevarles del monasterio limosna y la provisión necesaria de pan, vino, carne caldo o otra provisión según el tiempo y la hora que lleguen y hazerlo saber al prior de claustro por si los monjes les quieren dar limosnas de ropa y zapatos, camisas, calzas o dineros; barrereles la casa y aderezarla y tenerla muy limpia, como al servicio de Nuestro Señor conviene, cuya persona representan los dichos pobres”.

En los momentos en los que la afluencia de peregrinos era mayor el limosnero podía contar incluso con el apoyo de “dos donados [...] y un muchacho que sirba escobe y haga las demás tareas acostumbres en el monasterio, ayudara missa no sólo en las hermitas sino en las iglesias del monasterio”.

Otros de los cargos dentro del monasterio relacionado con la hospitalidad jacobea fue el enfermero. San Benito estableció que “el cuidado de los enfermos estará por encima de todo y antes de nada, debiéndoles servirseles como si fueran Cristo en persona, pues fue él mismo quien dijo: Estuve enfermo y me vinisteis a ver” (Linage, 1994). La verdad es que en la mayoría de monasterios benedictinos se tomaban muy en serio este capítulo XXXVI de la Regla.

En San Juan de la Peña este puesto no era asignado por los conocimientos sanitarios que tenía el monje en cuestión, sino que su misión consistía más que en proporcionar cuidados a los religiosos más ancianos y enfermos de su comunidad así como a los peregrinos que acudiesen hasta

⁹ A.H.P.H., Hacienda, H-15982/4. Todo el entrecomillado que se señala a continuación, hasta que no se indique lo contrario, pertenece a esta misma referencia documental.

el monasterio. El enfermero era más bien un gestor que se ocupaba de organizar el trabajo más que de realizarlo con sus propias manos. Para desarrollar su labor contaba con unas rentas económicas que le permitían sufragar el gasto derivado de su cargo¹⁰ cuyo nombramiento lo realizaba el abad de la comunidad aunque pero sólo era nombrado con la aprobación de la Casa Real.

Atender a los enfermos era una obligación monástica, tal y como recogía el capítulo XXXVI de la Regla de San Benito y para ello debía haber “los tales enfermos tendrán un recinto aparte y un servidor temeroso de Dios, diligente y cuidadoso” (Linage Conde, 1994). Por ello, los pacientes de San Juan de la Peña contaban además con la asistencia médica de especialistas y profesionales cualificados. No en vano, médicos profesionales estaban en nómina en los gastos de la comunidad, tal y como consta en la documentación administrativa y económica de este monasterio.

Hemos localizado un interesante documento, fechado el 8 de septiembre de 1677, en el que la comunidad y dos médicos de Jaca¹¹ - Jacinto Tornes y Juan Francisco Olibán- llegaron a un acuerdo para que éstos últimos visitaran a “todos los enfermos que hubiere en el monasterio y cassa de Santa Cilia, es a saber; señores monges donados y perpetuados” estableciendo que “siempre que fueren llamados para visitar a qualquier monje, prior, o prebendado por la primera vista se aya de dar al médico que viniere ocho reales”. Por ello, fue necesario implantar diferentes baremos en cuanto a los honorarios que debían percibir los médicos dependiendo de la categoría del enfermo “el monje claustral aya de pagar seys y si hiciere noche nueve reales. Los criados del monasterio, donados, perpetuados, sacerdotes y otras personas que sirbieren al monasterio y sus oficinas, cada uno aya de pagar por cada visita quatro reales, y si hiciere noche ocho reales. Y si sucediere quando viene a visitar el médico a alguno de los de arriba dichos, y en aquel viaje a un mismo tiempo hubiere dos o más enfermos, que se quisieren visitar, cada qual pagará al médico según su estado, como por si por el sólo huviesse venido al monasterio”.

El hospital del monasterio pinatense era un auténtico complejo asistencial adaptado a las condiciones del clima y con instalaciones suficientes para atender las necesidades de quienes subían hasta el monte de San Juan de la Peña. Para poder financiar el gasto de las atenciones que realizaba el hospital percibía rentas y beneficios por diferentes causas y de distintos lugares. Este fue el caso de la villa de Santa Cilia donde todo aquel

¹⁰ En este sentido, y a modo de ejemplo, conocemos el caso del monje enfermero Fray Juan Melero que tomó posesión de la enfermería en 1616 y junto este cargo adquirió también el beneficio de diferentes campos y viñedos que eran las posesiones de las que disfrutaba su puesto. A.H.P.H., H-15981/13. Posesión de la enfermería del monasterio de San Juan de la Peña. Año 1616.

¹¹ A.H.P.H., Hacienda, H-15981/14. Todo el entrecorillado que se señala a continuación, hasta que no se indique lo contrario, pertenece a esta misma referencia documental.

vecino que blasfemase debía pagar una cierta cantidad que iba destinada al hospital de San Juan de la Peña "que ningún vecino, ni habitador de dicho diga blasfemias ni jure en vano el nombre de Dios y de sus santos so pena de diez reales de plata por cada vez para el hospital de dicho lugar"¹² con el que se mantenía el gasto que generaba las atenciones procuradas en él.

5. A modo de conclusión

El auge que tuvo el Camino de Santiago en Aragón durante toda la Edad Media permitió impulsar la economía allí por donde pasaba. Este apogeo empezó progresivamente a decaer por variadas razones de diversa índole, algunos hablan del cierre de fronteras por el miedo a la entrada del protestantismo luterano, de la rivalidad con Francia o por la inseguridad que empezó a apoderarse de los caminos (Laliena, 2005). Su declive total llegó en el siglo XVI, pero el peso de la tradición medieval en la Edad Moderna fue lo suficientemente fuerte como para mantener pocos pero fieles devotos al santo y a su camino.

Aunque el peregrinaje disminuyó, lo que se mantuvo fuerte fue la hospitalidad de las personas que abrían las puertas a los pocos que acudían a ellas, rasgo que siempre caracterizó al monasterio de San Juan de la Peña, tal y como hemos visto en este estudio. No en vano uno de los monjes limosneros de la comunidad pinatense, Fray Domingo de La Ripa, señaló en su libro publicado en 1675 que "la hospitalidad nunca ha padecido menguas en esta Real Casa" aludiendo a que la comunidad nunca había escatimado en la ayuda al peregrino. Es más, señalaba que "las puertas ha tenido siempre abiertas para los pobres, peregrinos, y huéspedes" a quienes se recibía con agrado. En este sentido añadió que "en el punto de la hospitalidad ha sido esta comunidad muy singular, y constante, dando de comer tres días a todos lo que han venido a visitar este Santuario: y por los muchos gastos, que en esto ha tenido, ha contraído el monasterio algunas deudas" (LA RIPA, 1675, fol. 581) de las que el monasterio tardó mucho en reponerse. No obstante, a pesar de los apuros económicos que padeció la comunidad de San Juan de la Peña, mereció la pena convertirse en un importante enclave en la ruta jacobea.

BIBLIOGRAFIA

ANDRADE CERNADAS, José M. "El monasterio de Samos y la hospitalidad benedictina con el peregrino (siglos XI-XIII)". En: SANTIAGO-OTERO, Horacio, *El Camino de Santiago, la hospitalidad monástica y las peregrinaciones*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1992, pp. 273-283.

BENITO, Manuel. *El Alto Aragón y el Camino de Santiago*. Serrablo, Sabiñánigo, (91), 18-20, 1994.

¹² A.H.P.H., Hacienda exp. 15998/10.

BUESA, Domingo. Los Caminos de Santiago. Aragón, Somport y Jaca. En: LACARRA DUCAY, M^a Carmen. Los caminos de Santiago. Arte, Historia y Literatura, Zaragoza, Institución Fernando El Católico: 7-28. 2005.

DUBOUR-NOVES, P. Hospices de pèlerins au Moyen Âge sur les routes de Saint-Jacques. Aquitaine-Espagne (VIII-XIII siècle), Poitiers: 203-217, 2001.

DURÁN, Antonio, El hospital de Somport entre Aragón y Verán (siglos XII y XIII), Zaragoza: 1986.

GARCÍA DUEÑAS, Felipe. Historia de el monasterio real de Sancta Christina de Summo Portu de Aspa, del Orden de Predicadores dela ciudad de Jacca de Francisco Lalana, Huesca: 1989, ed. Facsimil de 1770.

IRANZO, María Teresa [et al.]. Aragón, puerta de Europa. Los aragoneses y el camino de Santiago en la Edad Media, Zaragoza: Gobierno de Aragón, 2005. pp. 14-17.

IRANZO, María Teresa. El itinerario jacobeo en Aragón. En: IRANZO, María Teresa; LALIENA, Carlos; SESMA, J. Ángel; UTRILLA, Juan Francisco. Aragón, puerta de Europa. Los aragoneses y el camino de Santiago en la Edad Media, Zaragoza: Gobierno de Aragón: 2005, pp. 67-105,.

LALIENA, Carlos. La articulación del espacio aragonés y el Camino de Santiago. En: Semana de Estudios Medievales (20^a 1993. Estella), Pamplona: Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura, 1994, pp. 85-128.

LALIENA, Carlos. Epílogo. La decadencia del Camino de Santiago. En: IRANZO, María Teresa; LALIENA, Carlos; SESMA, J. Ángel; UTRILLA, Juan Francisco. Aragón, puerta de Europa. Los aragoneses y el camino de Santiago en la Edad Media, Zaragoza: Gobierno de Aragón, 2005, pp. 235-241.

LAPEÑA PAUL, Ana Isabel. El monasterio de san Juan de la Peña en la Edad media (desde sus orígenes hasta 1410), Zaragoza: Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1989.

LAPEÑA PAUL, Ana Isabel. Hacia Santiago de Compostela: el tramo aragonés del Camino Jacobeo, una aventura escrita por Anabel Lapeña e ilustrada por Saúl M. Irigaray, Jaca: Comarca de la Jacetania, 2007.

LA RIPA, Fray Domingo. Corona Real del Pirineo Establecida y Disputada, Zaragoza: Pascual Bueno, 1675.

LAWRENCE, C.H. El monacato medieval. Formas de vida religiosa en Europa Occidental durante la Edad Media. Madrid: Gredos, 1999.

LINAGE CONDE, Antonio. "La hospitalidad en la tradición benedictina. De San Benito a unos comentaristas de fines del XIX y principios del XX". En:

SANTIAGO-OTERO, Horacio, *El Camino de Santiago, la hospitalidad monástica y las peregrinaciones*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1992, pp. 263-272.

LINAGE CONDE, Antonio. *La Regla de San Benito ordenada por materias, y su vida en el español corriente de hoy. Estudio preliminar de dom Jean Leclercq*, Santo Domingo de Silos: Abadía Benedictina de Silos, 1994.

SESMA MUÑOZ, J.A., "El Camino de Santiago en Aragón", en *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela y San Salvador de Oviedo en la Edad Media*, Oviedo: 1993, pp. 87-101.

UBIETO ARTETA, Antonio, *Los caminos de Santiago en Aragón*, obra inconclusa revisada y completada por María Desamparados Cabanes Pecourt y María Isabel Falcón Pérez, Zaragoza, Departamento de Cultura y Educación, 1993.

URÍA, Juan. *La hospitalidad con los peregrinos y el hospedaje*. En: VÁZQUEZ DE PARGA, Luis, LACARRA José María y URÍA, Juan. *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, Madrid: 1948, Ed. Facsimil, Pamplona: Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura, 1992. vol. 1, cap. V, pp.281-399.